Este QUINARIO, hecho por cuenta de la Comisión encargada del Santo Cristo, es el que se encuentra aprobado por S. E. I.; se expende al precio de 40 céntimos de peseta, y su producto se aplica al culto del Señor.

Puntos de venta.—Campo del Príncipe, frente á la verja de dicha Santa Imagen.—Sacristía de San Cecilio.—Portería del Palacio Arzobispal.—Librería de D. José López Guevara, San Jerónimo, 29.

C-126(1)

QUINARIO

Á LA MILAGROSA IMAGEN

DEL

SANTÍSIMO CRISTO DE LOS FAVORES

QUE SE VENERA EN EL

CAMPO DEL PRÍNCIPE

DE

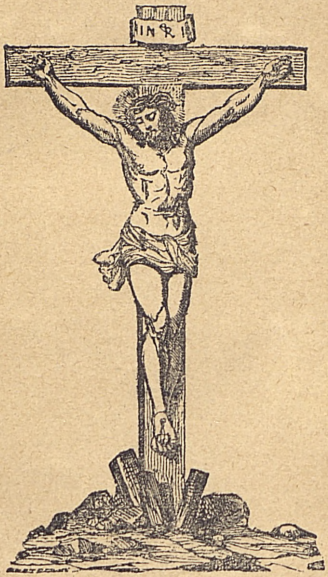
GRANADA

0623
210

C
126

1884
LIB. DE LÓPEZ GUEVARA
San Jerónimo, 29.

Comisión Provincial de
Monumentos - GRANADA
BIBLIOTECA
Sala C
Estante 116
Número 1


INRI

R. 338

QUINARIO

EN REVERENCIA DEL

SANTÍSIMO CRISTO DE LOS FAVORES,

QUE SE VENERA EN ESTA CIUDAD

EN EL LUGAR LLAMADO

CAMPO DEL PRÍNCIPE.

OPÚSCULO

escrito

POR EL DOCTOR DON MAXIMIANO FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTO,
CANÓNIGO LECTORAL
DE ESTA SANTA IGLESIA METROPOLITANA,

de orden del

EXCMO. É ILMO. SR. D. BIENVENIDO MONZÓN
MARTÍN Y PUENTE,
DIGNÍSIMO ARZOBISPO
de
ESTA DIÓCESIS.

JMJ

GRANADA
IMP. Y LIB. DE LÓPEZ GUEVARA.
1884

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL GRANADA
CENTRO DE MONUMENTOS GRANADA BIBLIOTECA

Es propiedad.

ADVERTENCIA.

Doscientos y dos años hace que, acaso para conmemorar el fin trágico del príncipe que, según es fama, murió al caer de su caballo poco más abajo de la iglesia de San Cecilio, en el sitio que, tal vez por eso, recibió la denominación de Campo del Príncipe, levantó la piedad de los fieles una imagen de Nuestro Señor Jesucristo crucificado, labrada en piedra. Una inscripción hay al pié de la Cruz, y dice lo siguiente: «Se acabó el año de 1682.» El Arzobispo que á la sazón ocupaba la silla de nuestro glorioso Patrono, concedió á todos los que allí rezaren un Padre nuestro y Ave María 40 días de Indulgencias. Aquel venerable prelado, que fué D. Fr. Alonso Bernardo de los Ríos y Guevara, trinitario descalzo, quiso, sin duda, excitar así en los granadinos la piedad en obsequio de

aquella Imagen y lo consiguió á maravilla, porque la devoción fué creciendo y se instituyó una hermandad. Recibió él Santo Cristo el título harto significativo de »los Favores», porque serían muchos, como lo son ahora, los que recibirían los devotos como recompensa de las oraciones elevadas al Cielo en aquel sitio.

La Hermandad prosperó, y en los primeros años del siglo XVIII disponía de propiedades y poseía censos. Consérvase un expediente, de fecha de 1703, instruido para la redención de uno de cien ducados de principal.

Esta Cofradía, que radicaba en la parroquia de San Cecilio, no sólo cuidó de la Imagen principal, que es la misma que se venera en el expresado Campo del Príncipe, sino que tenía otra, bajo advocación idéntica, en una capilla de la mencionada parroquia, donde hacía celebrar todos los viernes el Santo Sacrificio de la Misa. Asimismo se celebraban dos funciones solemnes en cada un año, en los días de la Circuncisión del Señor y de la Exaltación de la Santa Cruz.

La elección de los mayordomos se verificaba el día 26 de Diciembre, y entonces se rendían cuentas. De lo uno y lo otro se conservan libros en el Archivo general eclesiástico.

Suscitáronse algunos disgustos entre los cofrades, y en 1779 mandó el Provisor y Vicario general de este Arzobispado que procediese la Hermandad á la formación de constituciones, lo que, según parece, no llegó á realizarse, y se disolvió la cofradía; pero no es fácil fijar la época de esa disolución. En 1788 se grababan estampas, que aún se conservan, del Santo Cristo, y á principios de este siglo todavía se celebraban las festividades mencionadas anteriormente.

Salvóse la milagrosa imagen del Santísimo Cristo de los Favores de la destrucción que de todas las que había en las calles y plazas se llevó á cabo en el año 1836, aunque se intentó derribarla; guardola, empero, el Señor, para derramar todavía sobre nosotros, en aquel lugar santo, copiosas bendiciones.

Las circunstancias de los tiempos hicie-

ron que se entibiara la devoción al Santo Cristo; pero hace un año próximamente que se ha despertado de nuevo con tan extraordinario fervor y con tal entusiasmo, que llena el alma de consuelo. Y es verdaderamente providencial, que cuando tantos infelices se avergüenzan de parecer cristianos, cuando tantos impíos blasfeman á todas horas de Dios y de las cosas santas con escándalo de muchos, y para ruina de no pocos, vayan los fieles á centenares á caer de hinojos ante la señal de la Redención, haciendo templo del espacio, y bajo la sola bóveda del cielo para confesar públicamente la fe de Nuestro Señor Jesucristo, que no se avergonzará de confesar ante su Padre á quienes así le rinden adoraciones.

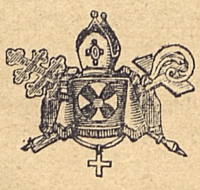
Con fecha 3 de Enero del corriente año se elevó á manos de nuestro Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo una exposición, suscrita por trescientas cincuenta firmas, pidiendo: primero, que aprobase S. E. la devoción al Santo Cristo de los Favores; segundo, que concediese indulgencias á los que practicasen allí actos de piedad; tercero, que mandase redactar un

Quinario que se imprima con algunas otras devociones; cuarto, que designe una Comisión ó Junta para la recaudación y administración de las limosnas; y quinto, que se autoricen solemnes cultos religiosos.

Nuestro dignísimo Prelado, que ve con sumo gozo el incremento de esta espontánea devoción, se dignó aprobarla en 19 de Febrero por escrito, porque verbalmente ya lo hizo S. E. el día de Nuestro Patrono San Cecilio, en su iglesia, después de haber dado la bendición con el Santísimo Sacramento en la reserva, y allí mismo tuvo á bien mandarme S. E. I. que me hiciese cargo de redactar este Quinario, pasando después el mismo Excelentísimo y Reverendísimo Prelado, seguido de numeroso pueblo, al Campo del Príncipe á rendir sus homenajes al Santísimo Cristo. Concedió también ochenta días de indulgencias á los que recen delante de la Sagrada Imagen cinco Padre nuestros en memoria de las llagas de nuestro adorable Redentor, y tres Ave Marías á la Santísima Virgen, ofrecidas en reverencia de las tres horas que estuvo nuestra Madre al

pié de la Cruz; á los que practiquen esta devoción de rodillas y con los brazos en cruz, concedió los mismos ochenta días de indulgencia por cada Padre nuestro y Ave María, rogando por los piadosos fines de la Iglesia y de S. E. I. Nombró además una Junta compuesta de personas caracterizadas, y señaló el día 3 de Mayo para que se celebre todos los años la fiesta principal en obsequio del Santísimo Cristo de los Favores.

Plegue al Señor que no decaiga la piedad del pueblo granadino, sino que más bien vaya en aumento, para que corresponda siempre á los innumerables beneficios que ha recibido y recibe de mano del Omnipotente.



NOTAS.

1.ª Este Quinario se puede practicar ante cualquiera otra imagen de Nuestro Señor Crucificado, sin más que suprimir en la oración primera y en la que se dice para pedir el especial favor que se desea, lo que va puesto en letra bastardilla.

2.ª Puede hacerse con más brevedad este Quinario, por quien no tuviere tiempo para más, suprimiendo la oración primera, las meditaciones y la oración que se atribuye á San Agustín.

3.ª Aun puede hacerse en otra forma, conviene á saber: diciendo el Acto de Contrición y rezando los cinco Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri, con las oraciones á las sacratísimas Llagas.

✠

J. M. J.

Día primero.

Se dará principio á este Quinario persignándose y diciendo el Acto de Contrición, y después la oración siguiente:

Eterno y misericordiosísimo Padre: ante la venerable presencia de esta Sagrada Imagen que representa clavado en la Cruz al Hijo de vuestras complacencias, á quien desde la eternidad engendrásteis; *piadosa Imagen á la que veneramos con el dulce título de los Favores, en testimonio de los que á cada paso recibimos;* me postro humildemente im-

plorando de vuestra clemencia los auxilios que necesito para vivir en la guarda de vuestros mandamientos, y el socorro de todas mis necesidades.

Vos nos habéis dicho que sacaremos aguas con gozo de las fuentes del Salvador (1) y que se nos librará de aflicciones por que beberemos en esas claras fuentes. (2) Pues aquí me tenéis, ¡oh Padre mío! Agua de Gracia os pido por las Llagas de mi amantísimo Jesús: remedio de las necesidades que me afligen, pues el mérito de esas benditas Llagas es muy suficiente para que os compadezcáis de mí.

No os pido recompensas, sino favores, y ni aun merezco vuestra mi-

(1) Isaías, c. 12, v. 3.
(2) Isaías, c. 49, v. 10.

sericordía; pero no miréis á este hijo perverso que os ofende: mirad á ese Hijo Crucificado que por mí satisface; y pues á salvar á los pecadores lo enviásteis al mundo, aquí estoy yo ansioso de salud: salvadme de la maldad en esta vida, y salvadme concediéndome vuestra celestial visión en la Gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

En seguida se rezará la corona de las cinco Llagas, qne consta de cinco partes, cada una de las cuales se compone de cinco «Gloria Patri», en memoria de las cinco Llagas de nuestro divino Salvador, y un «Ave María», en memoria de los Dolores de la Santísima Virgen (1).

Después se dirá la siguiente:

(1) Por rezar esta corona, se pueden ganar las siguientes indulgencias: primero, una de un año una vez cada día. Segundo, rezándola por lo menos diez veces al mes, indulgencia plenaria en un viernes de Marzo á elección del devoto, y además en las fiestas de la Circuncisión, Epifanía, Santísimo Nombre de Jesús, Domingo de Resurrección, Invención

ORACIÓN

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Amorosísimo Salvador, vida y consuelo de mi alma: cuando miro esa Cruz y os contemplo clavado en ella, conozco que vuestra misericordia es inmensa, y que no hay nombre con que designar mis maldades. Vos habéis querido morir en ese patíbulo por mí, que os crucifiqué con mis culpas, y que renuevo en cuanto es posible vuestra dolorosa pasión

de la Santa Cruz, Ascensión, Corpus Christi, Transfiguración, Exaltación de la Santa Cruz y Natividad del Señor. Tercero, rezándola desde el Domingo de Pasión hasta el Sábado Santo inclusive, indulgencia de siete años y siete cuarentenas por cada vez, y una plenaria el dia que se confiese y comulgue para cumplir el precepto pascual. Se ha de pedir siempre conforme á la intención del Sumo Pontífice, y se han de usar las coronitas, benditas por quien tenga facultades para ello.

cada vez que os ofendo. No preguntaré, Señor, qué son esas Llagas de vuestras manos, porque estáis, Jesús mío, diciéndome que os las han hecho los hombres que os debieron amar. (1) No pediré que me digais por qué esos benditos piés, que tanto anduvieron en busca de los pecadores, ahora están agujereados por ese duro hierro, porque me habéis enseñado que con esas Llagas desagraviáis á la Justicia eterna, y vuestros llagados piés aplastan la cabeza de Satanás, que avergonzado huye de vuestra vista (2).

Ni ¿para qué preguntar por qué os abrieron el costado? Pues oigo que llamáis á el alma esposa vuestra y la convidáis á entrar en ese jardín

(1) Zacarías, c. 13, v. 6.
(2) Habacuc, c. 3, v. 5.

de vuestro pecho, porque habéis segado ya vuestra mirra y vuestros aromas, la mirra de vuestra pasión santísima y los aromas de vuestros méritos infinitos, y todo por la inefable caridad de vuestro corazón. (1) La paloma que habita en las aberturas de la piedra y en la cueva de la cerca, (2) y á quien el esposo de los cantares llama, es el alma que os busca, y por la devoción con que venera vuestras Llagas, y por la fé en los méritos que con ellas alcanzásteis, implora vuestra piedad, y os pide con instancias generoso perdón, puesto que habéis dado la vida por la salud del hombre. A esas Llagas nos llamáis, y á ellas vengo, Jesús mío, lleno de contrición y de

(1) Cántico, c. 5.
(2) Cántico, c. 2.

esperanza: no desoigáis mis ruegos: llenad mi alma de vuestro divino espíritu para que, refrigerada con el licor suave que de esas Llagas brota, se libre de los ardores de las concupiscencias y viva santamente; os arranque la corona de espinas que os pusieron mis culpas y os corone con abundantes y sólidas virtudes; y después de haberos servido en esta vida, goce de vuestra presencia dulcísima en la otra por todos los siglos de los siglos. Amén.

Después se practicará la meditación, que se debe leer despacio, y deteniéndose á reflexionar sobre cada uno de sus periodos, cuidando de excitarse á contrición y amor á Dios, y terminando con algún propósito de ejercitarse en algo bueno, que es el fruto que de la oración mental puede sacarse.

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS - GRANADA

MEDITACIÓN.

I. No es posible que comprendamos todo lo acerbo y cruel de los padecimientos de nuestro adorable Salvador. No hubo parte alguna de su bendito cuerpo que no fuese atormentada por muy ruda manera. Los azotes despedazaron sus sacratísimas espaldas; que á esto aludió el profeta cuando dijo:—«Sobre mi espalda fabricaron los pecadores; prolongaron su iniquidad.»—(1) Los piés y manos traspasados por el hierro; la cabeza taladrada por las espinas; descoyuntado el cuerpo, herido el rostro por las bofetadas, y afeado con

(1) Salmo 128, v. 3.

salivas inmundas: ¡oh dolor! así pendía de la Cruz el Hijo del Eterno!

¡Cuán bien nos recuerda lo que dijo David: «Socavaron mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos! (1) Cumplióse lo que profetizó Isaías.»—«Desde la planta de los piés hasta el vértice de la cabeza, no hay en Él parte sana.» (2)

II. No sólo fué maltratado nuestro dulcísimo Jesús en todo su cuerpo, sino que además fueron sus dolores sin tregua. Ni ¿cómo podía tenerla? ¿Cómo estar pendiente de aquellos duros hierros sin rasgarse más y más las manos, y sin experimentar en ello un tormento agudísimo? ¿Cómo apoyarse sobre los piés sin abrirse las Llagas, gravitando

(1) Salmo 21, v. 17.
(2) Isaias, c. 1.

todo el cuerpo sobre ellas? ¿Cómo tener arrimo en el madero sin herirse más las espaldas? ¿Cómo, en fin, reclinar la cabeza sin clavarse más en ella las espinas, ó con ellas despedazarse más los hombros? «No hay paz para mis huesos,» (1) dijo David, significando cómo sufriría el Salvador sin alivio alguno para redimirnos del pecado y para castigar en sí mismo nuestras maldades.

III. Nosotros, en cambio, nos resistimos á los padecimientos, no hacemos penitencia, y olvidamos que no hay para los pecadores otro medio de reconciliarse con Dios que la expiación de la culpa. No sólo no practicamos la mortificación espontánea, sino que ni aun tenemos paciencia cuando el Señor nos aflige

(1) Salmo 37, v. 4.

con los males que alguna vez nos envía, ya como castigo, ya como prueba.

Estemos apercibidos siempre para sufrir, imitando á nuestro divino Salvador, y castiguemos nuestros vicios con la mortificación de la carne.

ORACIÓN

en reverencia de la Santísima Llaga del pié izquierdo de Nuestro Salvador.

Dulcísimo Jesús de mi alma, que viendo por cuán torcidas sendas había yo de andar, quisísteis que vuestro bendito pié izquierdo fuera herido por el clavo, á fin de que por el mérito de vuestros dolores al sufrir esa herida recibiese yo gracia para separarme de las vías siniestras de la culpa: no me neguéis esos

auxilios, y contened mis piés cuando intente yo precipitarme por el tortuoso camino del pecado. Por los dolores de vuestra bendita Madre os lo pido, Jesús mio, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN (1).

¡Oh Dios! que por la redención del mundo quisiste nacer, ser circuncidado, reprobado por los judíos, entregado con un beso por el traidor Judas, atado con cuerdas, conducido como cordero inocente á la inmo-

(1) Por rezar esta oración, que se atribuye á San Agustín, y además cinco veces *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri,* se pueden ganar trescientos días de indulgencias una vez al día, y rezándolo todo ello durante un mes, indulgencia plenaria en uno de los tres últimos días, confesando y comulgando. Se ha de rogar según la intención del Sumo Pontífice.

lación, presentado de un modo indecoroso ante Anás, Caifás, Pilatos y Herodes, y acusado por falsos testigos, vejado con azotes y oprobios, escupido, coronado de espinas, abofeteado, herido con la caña y que te cubriesen el rostro, ser despojado de las vestiduras, crucificado, levantado en la Cruz, confundido con ladrones, que te diesen á beber hiel y vinagre, y te hiriesen con la lanza: Tú, Señor, por esas tus santísimas penas, que yo indigno conmemoro, y por tu Santa Cruz y por tu muerte, dígnate librarme de las penas del infierno y llévame á donde condujiste al ladrón que fué crucificado contigo. Que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Después se reza cinco veces Padre nuestro.... Ave María.... Gloria....

ORACIÓN

para pedir el especial favor que se desea.

Bondadosísimo Jesús, *que habéis querido ser venerado en este sitio, donde tenéis por templo este campo y por dosel la bóveda del cielo, para que confesándoos nosotros aqui públicamente, demos solemne testimonio de nuestra fé, ya que tantos impíos blasfeman de vuestro Santo nombre; y en prueba de que os agrada este culto dispensáis beneficios innumerables á vuestros devotos, habiéndoles obligado á invocaros con el título expresivo de los Favores:* no me neguéis lo que hoy pido á vuestra misericordia si es de vuestro divino agrado, y ahora y siempre fortaleced mi fé, socorred á la Santa

Iglesia, defended á su Cabeza visible, destruid los errores, haced que reinen la verdad y la virtud en la tierra, para que por ellas reinemos en la Gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Se rezan tres Ave Marías en reverencia de las lágrimas que derramó Nuestra Señora, y después se dirá la siguiente

ORACIÓN.

¡Oh Reina de los mártires! ¿Cómo postrarse ante la imagen del Redentor crucificado, sin ver á su Madre dolorida? ¿Cómo pensar en la Cruz, señal de nuestro rescate, sin recordar el cuchillo que os atravesó el alma? Por eso, Madre mía, reconociendo yo que al pié de ese madero nos engendrásteis para la vida sobrenatural, y que por eso mi Salvador os designó allí por madre nuestra, os pido que acojáis benigna mis

ruegos, é interpongáis vuestra valiosa intercesión cerca de ese divino Hijo, para que yo, hijo pecador, consiga lo que fervorosamente pido, si es para la mayor gloria de Dios y bien de mi alma, y sobre todo que me alcancéis auxilios de la Gracia para imitaros, sirviendo á Dios en esta vida, y gozarle con vos en la felicidad de la otra, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día segundo.

Todo como en el día anterior, excepto lo siguiente:

MEDITACIÓN.

I. Fué Nuestro Señor despojado bárbara y cruelmente de sus sagradas vestiduras para ser clavado en la Cruz. ¡Qué afrenta para quien era la suma honestidad y pureza! Enmedio de un populacho desenfrenado se halla desnudo, expuesto á irreverentes burlas; y El que viste de azul los cielos, de luz los astros, de colores á las florecillas del campo, es tratado de tan indecente manera por los hombres á quienes pro-

veyó de vestido, lleno de misericordia, cuando perdieron la inocencia. Quiso así nuestro amable Salvador enseñarnos á mirar con santo menosprecio todas las cosas de este mundo. Jesús ha querido someterse á tanta ignominia por nuestra salvación; y á nosotros nos parecen pocos todos los bienes de la tierra, sin considerar que al fin son polvo, y que los verdaderos bienes son los del cielo.

II. No había patíbulo más afrentoso que el de la Cruz: en él morían los mayores criminales; y hasta en la Sagrada Escritura se dice que todo el que pendiente se halla del madero es maldito (1). Nuestro adorable Salvador aceptó ese género de

(1) Deuteronomio, c. 21, v. 23, y epístola á los Gálatas, c. 3, v. 13.

muerte, porque como tomó sobre sí todos los pecados de los hombres y se ofreció á pagar por todos ellos, quiso expiarlos en aquel leño infame, para que fuese la redención más copiosa (1).

¡Cuán lejos estamos de imitar la conducta de Nuestro Señor Jesucristo! No sólo no buscamos las humillaciones como medio el más apropósito para unirnos al Salvador, y camino el más seguro para subir á la cumbre de la perfección evangélica, y atesorar méritos para el cielo; sino que la sola idea de humillación nos inquieta, y nos mortifica todo lo que no halaga nuestra soberbia. Y sin embargo, ¡cuán dignos somos, oh Jesús mío, de que se nos humille harto más que lo fuísteis Vos

(1) Salmo 129, v. 7.

por culpas no propias, sino ajenas!

III. Para colmo de ignominia fué crucificado Nuestro Señor entre dos malhechores, para que, al verle confundido con ellos, juzgasen las gentes que merecía morir en aquel patíbulo como tantos otros que allí sufrieron el justo castigo de sus crímenes. Así quiso el Señor ser reputado inícuo (1) para que la humillación fuese mayor, para enseñarnos á sufrir, sin que nuestro espíritu se inquiete, los juicios desfavorables de los hombres. ¿Qué nos importa ser reputados perversos si en nuestras obras agradamos á Dios? Antes deberíamos temer que se juzgara bien de nosotros, porque puede haber en el juicio mucho engaño, y además, si advertimos que se nos estima en

(1) Isaías, c. 53, v. 12. y San Marcos, c. 15, v. 28.

algo, podrá suceder que lo perdamos todo llenándose el corazón de vanidad. ¡Señor! solo tus juicios son rectos, porque Tú solo conoces nuestra miseria: júzganos con misericordia.

ORACIÓN

en reverencia de la Sacratísima Llaga del pié derecho.

Amabilísimo Jesús de mi corazón, que por boca de vuestro profeta y siervo David llamáis dichosos á los hombres inmaculados en sus caminos (1), á los que andan por los alegres, aunque ásperos senderos de vuestra Ley: os ruego encarécidamente que los méritos de la Santí-

(1) Salmo 118, v. 1.

sima Llaga de vuestro pié derecho me valgan para ir siempre al cumplimiento de vuestra divina voluntad en todos los días y acciones de mi vida, y así camine derechamente á vuestra gloria. Por los Dolores de vuestra bendita Madre os lo pido, Jesús mío, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Día tercero.

Todo como en el primer dia, excepto lo siguiente:

MEDITACIÓN.

I. No sólo quiso nuestro adorable Jesús padecer los dolores y afrentas de la crucifixión, sino que también quiso sufrirlos en el mayor desamparo. Según lo que estaba predicho, se dispersaron las ovejas cuando vieron herido á su Pastor. (1) ¡Qué amargura para Nuestro Señor Jesucristo el verse privado en aquella hora tan solemne y tan crí-

(1) Zacarías, c. 13, v. 7, y San Mateo, c. 26, v. 31.

tica de la sociedad de sus discípulos, de aquellos á quienes había dado tan señaladas muestras de caridad, de quienes había dicho que eran su madre y sus hermanos (1), á quienes había lavado los piés muy pocas horas antes, y á quienes, para darles la prueba más evidente y palpable de su amor ardentísimo, se ofreció y comunicó en la Sagrada Eucaristía! Blasfemaban los judíos del Salvador; injuriábanle hasta los mismos ladrones que también habían sido crucificados; y los apóstoles no le defendían: le abandonaron á la saña de sus más crueles enemigos. Esto mismo hacemos nosotros cuando nos avergonzamos de confesar á Cristo, y viendo que los impíos insultan el nombre de Dios, tenemos miedo de

(1) San Mateo, c. 12, v. 50.

aparecer cristianos y de salir á la defensa de nuestro Padre. ¡Oh, Señor! que no me avergüence yo nunca de Vos, para que no tengáis que avergonzaros de mí.

II. Cierto es que la Santísima Virgen subió al Calvario, y con ella el amado discípulo Juan y algunas piadosas mujeres; pero esto más bien pudo aumentar los dolores al corazón sensible y amante de Jesús, porque veía el sufrimiento de su Madre bendita, veía que se estaba cumpliendo entonces lo que profetizó Simeón; que sería el alma de nuestra Señora traspasada con agudo cuchillo; y como era María la más buena entre todas las madres, y Jesús el mejor entre todos los hijos de los hombres, dolíase mucho del dolor de aquella Virgen que le con-

cibió y llevó en sus entrañas, y hubiérale ahorrado el Señor la inexplicable amargura de que presenciara su muerte, á no haber sido necesaria en el Calvario la presencia de la Virgen Santísima, para que, otorgando su testamento Jesús, nos la dejara por Madre. Veía el Salvador la pena de aquellas almas santas que le habían querido seguir hasta el suplicio, y se afligía su corazón más por los padecimientos agenos que por los propios. ¡Oh, cómo me habéis enseñado, Bien mío, á compadecerme de los que sufren, y á proporcionarles consuelo!

III. Aun fué poco el desamparo de las criaturas: también sufrió Jesús el desamparo de su Padre, y lo manifestó por medio de sus palabras para que nosotros lo pudiésemos en-

tender y sacásemos de lo que está escrito una lección muy provechosa. ¿Quién podrá explicar lo que es apartar Dios su mano, y dejar á el alma que sufra sin consuelo ni alivio? ¿Quién podrá decir lo que son esas tinieblas, amar á Dios y sentirse abandonados de Dios? Pues como Jesús tomó sobre sí la carga de nuestras culpas, como quiso pagar á su eterno Padre las deudas de la desventurada humanidad, el Padre le abandonó al rigor de su justicia, para que, sufriendo por nosotros lo que teníamos merecido, nos mereciese la Gloria con sus dolores. Merecemos ser abandonados de Dios: Jesús quiso gustar la amargura de ese abandono para que tengamos la compañía de Dios en nuestro corazón y en el Cielo, y si alguna vez

nos parece que el Señor nos deja de su mano, levantemos nuestros ojos al Padre de las misericordias, quejémonos en buen hora dulcemente con nuestro Dios, y no seamos codiciosos de las consolaciones que nos puedan proporcionar las criaturas.

ORACIÓN

en reverencia de la Sacratísima Llaga de la mano izquierda.

Santísimo Jesús, constituido por vuestro eterno Padre Juez de vivos y muertos (1), porque nos redimísteis con el sacrificio precioso de vuestra vida; Vos, Señor mio, que amenazáis con arrojar á los que no cumplen vuestra Ley, á los que no se ejercitan en la práctica de las

(1) Hechos apostólicos, c. 10, v. 42.

buenas obras, á vuestra mano siniestra (1), es decir, lejos de Vos, á los eternos castigos del infierno; y que para librarnos de tal desdicha quisísteis que esa vuestra mano izquierda fuese agujereada por el clavo; dadme las gracias que con el mérito de tan dolorosa Llaga conseguísteis, para que nò sea yo confundido entre los que carecerán siempre de vuestra presencia dulcísima. Por los Dolores de vuestra bendita Madre os lo pido, Jesús mío, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

(1) San Mateo, c. 25.

Día cuarto.

Como el día primero, excepto lo que sigue:

MEDITACIÓN.

I. Como el eterno Padre, por el amor que tiene al mundo, envió á su Divino Hijo (1), quiso este adorable Salvador mostrar en la Cruz su ardiente caridad para con los hombres. Viéndose clavado en aquel madero y convertido en blanco de las más atroces injurias, no se quejó de sus perseguidores y verdugos; antes bien clamó á su Padre diciendo:

(1) San Juan, c. 3, v. 16.

—«Perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Donde hemos de considerar no sólo aquella nobleza de sentimientos con que, olvidándose de sí mismo, sólo ve las ofensas que se le infieren para pedir misericordia en favor de los que le ultrajan; sino que, como puede, las excusa. ¡Oh, Salvador mío! también pedías por mí, pues como fuiste clavado en aquella Cruz por mis culpas, yo te clavé, Señor, en ella, con los martillos de mis iniquidades. Pero ya veo, dulce Bien mío, que te compadeces de mí, que me sirves de abogado y escudo ante la justicia de tu Padre. Como entonces lo hiciste, lo haces ahora en el Cielo (1), y esto me conforta y sostiene mi esperanza. Dame tu Gracia, Jesús mío, para

(1) Ep. 1. San Juan, c. 2, v. 1.

que yo te imite, para que sea generoso con los que me ofendieren, y les perdone, y así merezca tu perdón, como lo mereció Dimas, porque no tardas en mostrar tu misericordia.

II. Como son tan sin número nuestros pecados, y pudiera el temor retraernos de pedir que se nos perdonen, quiso nuestro dulcísimo Jesús dejarnos en su Madre una piadosa medianera para que, confiado en su maternal solicitud, pueda nuestro corazón sentir el consuelo de la esperanza. «Mujer, hé ahí á tu hijo;» así habló el Señor á María, mostrándole á San Juan, y á éste dijo: «He ahí á tu madre.» Mujer, dice, no madre, porque quiere significar que desde entonces, en el ministerio de protección y amparo, más que suya lo será nuestra. Jesús

ya no necesita de los cuidados de María; nosotros sí necesitamos de una madre para el alma, como la hemos tenido para esta vida mortal y caduca de nuestro cuerpo. ¿Y á quién mejor podemos acudir que á esa Virgen bendita, que al pié de la Cruz, donde daba la vida por los hombres el Hijo de sus castísimas entrañas, ofrecía su corazón dolorido al Supremo Juez en compensación de nuestras miserias? Sí, á tí acudiré yo, Madre mía, y cien veces y mil te llamaré madre, porque tu divino Hijo ha puesto bajo tu maternal custodia en su lugar á este otro hijo pecador. Muestra que eres mi madre, alcanzándome la gracia que necesito para mostrar que soy tu hijo. Gracias infinitas doy á tu Hijo adorable por ese don precioso que

nos hizo dándonos, madre mía, tu corazón.

III. Para colmo de su ardiente caridad, declaró Jesús el deseo vehemente que tenía de que todos acudiésemos á la protección de su madre, y obtuviéramos por su mediación la victoria sobre las tentaciones aquí en esta vida y la palma del triunfo en la Jerusalén de los Cielos. ¿Qué otra cosa significa la palabra llena de misterios que pronunció aquel cordero mansísimo cuando dijo: «Tengo sed»? Cierto que la sentía muy abrasadora en su cuerpo desangrado y oprimido por la fatiga; pero no era esa sed la que más mortificaba entonces al Salvador. Sed de nuestra penitencia, sed que podemos apagar con lágrimas de verdadero dolor por nuestras culpas; sed de nuestro

amor, que podemos encender en el pecho mediante la devoción tierna y afectuosa y constante á la Madre dulcísima que nos quiso dejar Jesús en aquella hora memorable. ¡Oh, Señor, no me apartaré de tu Madre para que siempre lo sea mía! ¡Oh, Madre bondadosa, consuelo de mi espíritu, alegría de mi corazón, haz que no se rompan los lazos que me tienen unido á Tí: sea tu regazo mi contínua morada, oh Madre mia!

ORACIÓN

en reverencia de la Sacratísima Llaga de la mano derecha.

Bondadosísimo Jesús, que convidáis á todos á la felicidad de vuestra gloria, y prometéis llevar á cuantos practicando la caridad os sirvan á ese reino venturoso de los que colo-

caréis á vuestra derecha mano; trocad con la divina gracia mi corazón de pecador en justo, de tibio en fervoroso, puesto que de justicia está llena esa diestra (1); sea esta mudanza obra de aquella mano poderosísima (2), en la que quisísteis ser herido para merecerme los cielos que con ella fabricásteis. Ella me guíe, Señor, y me sostenga (3). Por los dolores de vuestra bendita Madre os lo pido, Jesús mío, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por todos los siglos de los siglos. Amén.

(1) Salmo 47, v. 11.
(2) Salmo 76, v. 11.
(3) Salmo 138, v. 10.

Día quinto.

Como en los anteriores, á excepción de lo siguiente:

MEDITACIÓN.

I. Puso Dios en el Paraiso un árbol que la Sagrada Escritura llama de la ciencia del bien y del mal, y mandó el Señor á nuestros primeros padres que no comiesen de la fruta de aquel árbol si querían evitar la muerte: fué ordenado todo esto así para que apareciese como una figura ó profecía simbólica del árbol santo de la Cruz. En él tenemos el verdadero árbol de la ciencia del bien y del mal. Por la Cruz conocemos

el bien, pues que por ella conocemos á Dios, su poder, su misecordia, su caridad: conocemos cuánto valen las almas, pues por redimirlas se hizo Dios hombre y murió clavado en ese madero; conocemos las virtudes que nos enseña Jesucristo en esa cátedra sublime, y aprendemos la ciencia de la eterna salud. Asimismo llegamos á conocer nuestras miserias, nuestras debilidades, nuestros pecados, tan grandes, que han exigido la muerte del mismo Dios para que se borren con perfecta satisfacción á la infinita Justicia. Todo eso nos da á conocer la Santa Cruz: así decía San Pablo que no sabía más que á Jesucristo, y Éste crucificado. (1) Ni yo, Salvador mío, quiero sa-

(1) San Pablo, primera carta á los Corintios, c. 2, v. 2.

ber de otra cosa más que de Vos, que sois fuente inagotable de la verdadera sabiduría: sed, Vos, dulce Jesús, el libro donde yo estudie, la luz que alumbre mis vacilantes pasos.

II. También plantó el Señor otro árbol en el Paraiso, y se llamó el árbol de la vida, y echó de allí á nuestros primeros padres cuando pecaron, no sea que comiesen de aquel árbol y vivieran eternamente. Significa esto que, habiendo caido la humanidad por la culpa, ya no podía conseguir la vida eterna para que fué criada. Vendría el Salvador y se ofrecería en la Cruz por nosotros: padecería en la humanidad para que los hombres, sufriendo un hombre, pagasen á la divina Justicia la deuda que habían contraido;

pero ese hombre sería Dios, el Hijo de Dios; y la satisfacción sería completa, sobreabundante, porque tendría el valor de la persona que la daría, y entonces podríamos volver á la amistad con el Altísimo, á la unión con Dios, en la cual encontramos la vida, la mejor vida, porque así como el cuerpo vive por la unión con el alma, ésta vive por la unión con su Dios. Así Jesucristo crucificado nos alcanzó la vida sobrenatural, porque nos reconcilió con su Padre, y la Cruz ha venido á ser el verdadero árbol de vida. ¡Oh, Jesús mío! me abrazaré á vuestra Cruz que vivifica, la veré representada en todos los padecimientos que os dignéis enviarme, y diré con el Apóstol: «No sé más que á Jesucristo, y Éste crucificado.»

III. Puesto que la Cruz es la realidad en que vemos cumplido lo que figuraron los dos árboles, el de la ciencia del bien y del mal, y el de la vida, es claro que Nuestro Señor Jesucristo es el verdadero y sabroso fruto de ambos. Por esto quiso instituir un Sacramento, en el que se nos da en comida y bebida, para que nuestro espíritu se alimente y nutra del mismo Dios. La Sagrada Eucaristía es la reproducción mística del Sacrificio de la Cruz, el mismo sacrificio que se ofrece de diversa manera, y por eso quien estuvo en la Cruz está en el Sacramento, y para que los méritos de la crucifixión se nos aplicasen á todos y cada uno de nosotros, instituyó ese celestial banquete, y sentándonos en él y comiendo de él,

comemos á nuestro crucificado Jesús, verdadero fruto del árbol de la ciencia del bien, al que nos une y con el cual nos comunica, y del mal del que nos aparta; verdadero fruto del árbol de la vida, porque comiéndolo, comemos al Soberano Autor de toda vida, y nos preparamos para vivir eternamente, como el mismo Señor nos dijo (1). ¡Ay, Jesús mío! que yo te coma bien; que me acerque á tu mesa con alma pura, y no sea en vano para mí el sacrificio de tu Cruz que se reproduce todos los días en tus altares. Comulgue yo en la tierra con santidad para que pueda tomar asiento en el festín de tu gloria.

(1) San Juan, c. 6, v. 59.

ORACIÓN

en reverencia de la Sacratísima Llaga del Costado.

—

Suavísimo y amabilísimo Jesús de mi alma: os contemplo clavado en esa Cruz, no solamente muerto por amor mío, sino además llagado en vuestro pecho para significar la caridad inefable de ese divino corazón; y veo, Señor, que se ha cumplido en Vos y en esa Llaga lo que dijísteis por medio de David:—*Encontró el pájaro su casa, y la tórtola el nido en donde criar á sus polluelos.*—Sí, Jesús mío, la casa de mi corazón es vuestro pecho: el nido en donde mi alma puede llegar al desarrollo de las virtudes vuestro

(1) Salmo 83, v. 4.

amorosísimo costado. Brotó de allí sangre y agua, no sólo para significar la unión de ambas naturalezas, divina y humana, en Vos, sino también para declarar que nos elevaríais al consorcio con la Divinidad, y darnos á entender que tenemos en vuestro corazón aquella fuente inagotable de gracias, de la que habló el profeta Zacarías (1), preparada para que se purifiquen los pecadores; la fuente de la vida (2). Atraedme, pues, á Vos, vida mía; lavadme en esa fuente, apresuraos á encerrarme en esa divina cárcel, y no me dejéis salir: únase mi corazón tan estrechamente al vuestro, que nada ni nadie lo pueda separar, para que esta unión de la presente vida sea

(1) Zacarías, c. 13, v. 1.
(2) Salmo 35, v. 10.

el principio de la sempiterna que anhelo conseguir en la gloria. Por los dolores de vuestra bendita Madre os lo pido, Jesús mío, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Jesús, crucificado
Por tu inefable amor,
Escóndeme en tu amante
Benigno corazón:
El hierro que cruelísimo
Tu pecho traspasó,
Dejó por siempre abierto
Refugio al pecador.

—

De allí, de tus entrañas,
Brotó nuestro vivir,
Porque salió tu gracia
Con tu sangre de allí,
Lloviendo sobre el mundo
Al punto de salir,
Para lavar sus manchas,
Para llevarle á tí.

—

Allí labró tu pecho
Con generoso afán,

Morada deliciosa
Donde tu amor nos das:
Allí escondida el alma
El néctar gustará
De tu divina sangre,
Y Tú la embriagarás.

—

En esa Cruz venciste
La furia de Luzbel;
Allí le encadenaste
A horrible padecer,
Pues con ese madero
Do te clavó cruel,
Quebrantas su cabeza,
Destruyes su poder.

—

Señor, que al desvalido
Le infundes tu virtud;
Si al que con fé te busca
La mano tiendes Tú,
Yo quiero ya seguirte
Buscando mi salud;
Recibeme en tus brazos,
Dulcísimo Jesús.

VISITA

EN HONOR DE LA CORONA DE ESPINAS.

Se rezará primero el Credo, y después se dirán la siguiente antífona, versículo y oración tomadas del Breviario.

Tú, ¡oh Jesucristo! que eres nuestro gozo, salud, corona y premio, favorece á los que veneran las insignias de tu Pasión, para que cuando vengas como Juez merezcan recibir la corona.

Señor, adoramos tu corona.

Y veneramos tu pasión gloriosa.

Omnipotente Dios, rogámoste nos concedas que cuantos en memoria de la Pasión de Nuestro Señor Jesu-

cristo veneramos en la tierra su corona de espinas, merezcamos ser coronados de honor y gloria en los cielos por el mismo Jesús, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

S. E. I. el Sr. Arzobispo D. Bienvenido Monzón Martín y Puente concede 80 días de indulgencia á cada una de las oraciones y meditaciones contenidas en este Quinario.